



Juan Ripoll, Marcos León, Manuel Agredano y Mariano Llorente protagonizan el montaje

Marionetas al desnudo

«Los niños perdidos»

Escrita y dirigida por Laila Ripoll. Reparto: Juan Ripoll, Mariano Llorente, Marcos León, Manuel Agredano. Centro Dramático Nacional. Teatro María Guerrero. Madrid.

El Madrid teatral tiene estos días una nueva «comidilla»: especular sobre lo que el Centro Dramático Nacional se ha gastado en montar un texto de Stephen Berkoff, dirigido por Jorge Lavelli y con Mario Gas en el escenario, que al final no podrá verse por contravenir el reglamento anti-incendios. Ante el chasco, cabe alegrarse por el «efecto colateral»: el montaje que iba a verse en la sala pequeña, la de la Princesa, «Los niños perdidos», de Laila Ripoll, se encontró de repente con el escenario principal libre. Y, todo hay que decirlo, no le viene grande. La tenebrosa escenografía de Arturo Martín Burgos remite a la España de posguerra que Ripoll rememora en su texto con un dolor en sepia. Ropas de la inclusa, armarios con espejos cubiertos por el óxido, puertas de madera y

maromas que cuelgan confieren al desván donde toda la acción se desarrolla el aspecto fantasmagórico que la pieza requiere. Bien está que se estrene a autores españoles contemporáneos. Si son buenos, mejor. Y Ripoll tiene poesía mundana en cada línea de sus textos, y un concepto del teatro como ceremonia antigua —no

Ripoll tiene poesía mundana en cada línea y un concepto del teatro como ceremonia antigua

vieja— que hermana a Micomicón con compañías como La Zaranda o Malayerba.

El reto era interesante: cuatro niños juegan en el desván de un orfanato de una España ya caduca. Son nadie,

sangre de republicanos fusilados, de prostitutas... Se alimentan de gurrillos y leche, sueñan con el mundo de fuera y, como cualquier grupo de amigos a esa edad, tienen momentos tiernos y divertidos, egoístas y cándidos al tiempo. Sus juegos y canciones son nostalgia y naftalina cuajados por las buenas interpretaciones de Juan Ripoll, Marcos León, Manuel Agredano y Mariano Llorente, que «borda» una monja ciega de premio.

Una presencia espectral inquieta de cuando en cuando a estos muchachos, pero, más allá de la historia sobrenatural, el texto de Laila Ripoll es memoria de una generación de olvidados, los que sufrieron en sus carnes los excesos del régimen anterior. Su visión, con monjas malvadas y siniestros castigos a los niños, es sesgada, sí, pero, en cualquier caso, inteligente. No señala, insinúa. Y sabe hacerlo con humor. Tan negro como el desván de un orfanato.